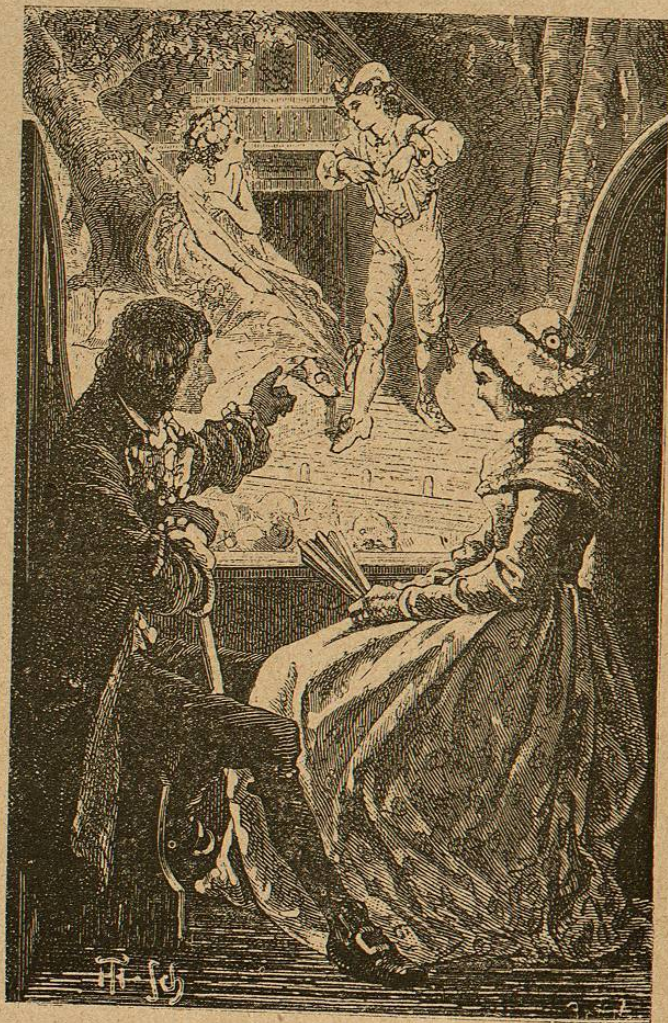


pueblo en los Estados generales y la amarga y acre polémica que con este motivo había en las ciudades grandes y pequeñas, en los pueblos y aldeas y aun dentro de cada casa, habían inculcado en el pueblo una idea terrible: que el noble era el enemigo.

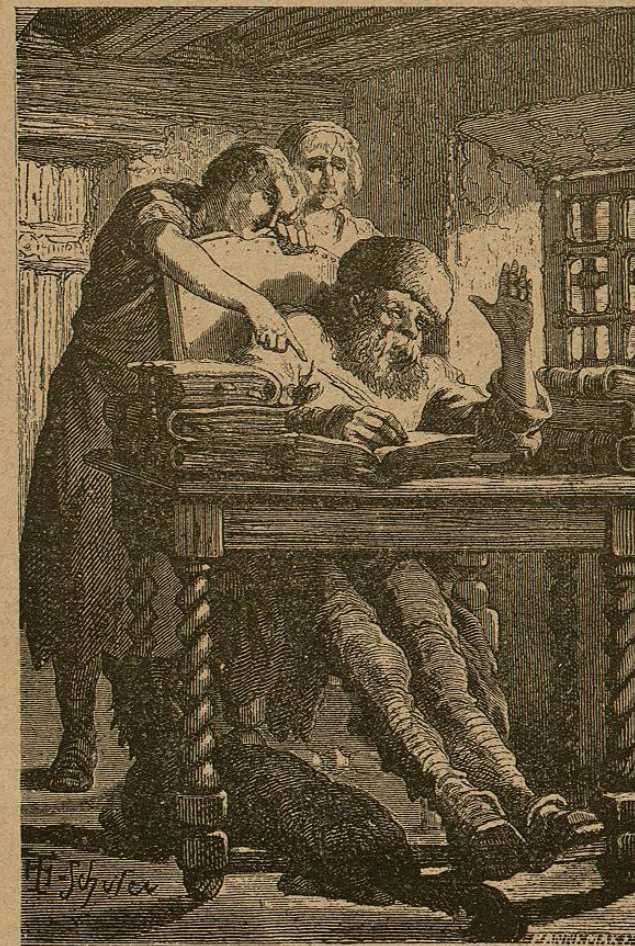


Veían al pueblo en los idilios y las óperas (Pág. 192)

Una parte considerable de la alta nobleza, ilustre, histórica, hizo cuanto pudo para demostrar que aquella idea era falsa, temiendo poco la Revolución y creyendo que hiciera lo que quisiera no mataría la historia. Pero el resto, los más pequeños, menos seguros en su rango, más vanidosos ó más francos, heridos cada día por el crecimiento y osadía

del pueblo, que veían cada vez más cerca, que los estrechaba, se declararon descaradamente enemigos de la Revolución.

Los ennoblecidos, los parlamentarios, eran los más furiosos; los magistrados se habían vuelto más guerreros que los militares; no habla-



Entregaban el labriego á los usureros... (Pág. 192)

ban más que de combates, y pedían muerte, sangre y ruina. Los que hasta entonces habían constituido la vanguardia de la resistencia á los caprichos de la corte y que, los más de ellos, habían saboreado la popularidad, el amor y el entusiasmo público, se extrañaban é indignaban de verse olvidados ó despreciados... Buscaban la causa de este rápido cambio en artificiosas maquinaciones de sus enemigos personales; y así, á los odios políticos se mezclaban viejas rencillas de familia. En Quim-

per, un tal Kersalaun, miembro del Parlamento de Bretaña, amigo de la Chalotais, antes ardiente campeón de la oposición parlamentaria y convertido de pronto en realista y aristócrata de los más ardientes, se paseaba gravemente en medio de grupos del pueblo, que no osaban tocarle, y nombrando á sus enemigos en alta voz, decía gravemente: «Dentro de poco los juzgaré y lavaré mis manos en su sangre.»

Uno de estos parlamentarios, señor en el Franco Condado, M. Memmay de Quincey, no se contentó con la amenaza. Dolorido probablemente por el odio de sus vecinos, turbado su espíritu por el furor, dominado por esa tendencia á la imitación que hace que un crimen célebre engendre otros crímenes semejantes, realizó precisamente lo que Launay había querido hacer, lo que el pueblo de París temía á cada instante. Hizo saber al pueblo de Vensoul y á los de los alrededores que, regocijado por la toma de la Bastilla, daría una fiesta y tendría su mesa puesta para todo el mundo. Labriegos, burgueses, soldados, gente de todas clases llegó, bebió y bailó... La tierra se abre, una mina estalla, y la explosión hiere y mata, quedando el suelo cubierto de sangrientos despojos. El sumario, con las declaraciones del cura que confesó algunos de los heridos que sobrevivieron y de la gendarmería, llega el 25 de Julio á la Asamblea nacional. La Asamblea, indignada, consigue del rey que se escribiera á todas las potencias pidiendo la extradición de los culpables.

Se extiende y afianza con este motivo la opinión de que los bandidos que segaban los trigos para hacer morir de hambre al pueblo, no eran extranjeros, como al principio se había creído, italianos ó españoles, como Marsella creyó en Mayo, sino franceses enemigos de Francia, furiosos enemigos de la Revolución, sus criados, sus agentes, partidas asalariadas por ellos.

Aumenta el terror, creyendo tener cada uno cerca de sí demonios exterminadores. Por las mañanas corría la gente al campo á ver si había sido devastado. Durante la noche aumentaba la inquietud... Al solo nombre de los bandidos las madres ocultaban sus hijos.

¿Dónde estaba la protección real en cuya fe había descansado el pueblo tanto tiempo? Se comenzaba á ver que fuese Luis XVI como fuera, la realeza era la íntima amiga del enemigo.

Las tropas del rey, que en otro tiempo hubiesen parecido amparadoras, causaban miedo. ¿Quién iba al frente de ellas? Los más insolentes de los nobles, los que menos ocultaban su odio. Animaban, pagaban al soldado contra el pueblo, embriagaban á sus alemanes; parecían preparar un golpe.

El hombre debía contar únicamente consigo mismo. En esta ausencia completa de protección pública y de autoridad, su deber de padre de familia le constituía en defensor de los suyos. En su casa se convertía en magistrado, en rey, en ley y en espada para ejecutar la ley, cumpliéndose el proverbio: «El pobre en su casa es rey.»

La mano de la justicia, la espada de la justicia para este rey, es el

arma que tiene á mano. A falta de fusil utiliza su hacha, su hoz, su guadaña, su piqueta... Los bandidos se acercan... El no los espera. Todos los vecinos, pueblos y pueblos armados, salen al campo á ver si los infames se atreven á venir... Avanzan: á lo lejos se divisa un grupo armado... No disparéis... Son gentes de otro pueblo, parientes y amigos que buscan también á los bandidos.

En ocho días Francia quedó armada. La Asamblea nacional fué conociendo paso á paso el milagroso progreso de esta revolución, y en un momento se vió á la cabeza del ejército más numeroso que ha habido después de las Cruzadas. Cada correo que llegaba la asombraba, la espantaba casi. Un día venía uno á decirle: «Tenéis doscientos mil hombres.» Al día siguiente le decían: «Tenéis quinientos mil hombres.» Llegaban otros: «Esta semana ha quedado armado un millón de hombres.» Y luego: «Dos millones, tres millones.»

Este gran pueblo armado pregunta á la Asamblea lo que debe hacer.

¿Dónde está el antiguo ejército? Ha desaparecido. El ejército nuevo, tan numeroso, lo ha deshecho sin combatir; sólo con formarse...

*Francia es un soldado*, se ha dicho; lo es desde aquel día. Día en que una raza nueva sale de la tierra, en que los niños nacen con dientes para morder los cartuchos, con recias piernas infatigables para ir del Cairo al Kremlin, con el admirable don de poder marchar y combatir sin comer, alimentándose de espíritu.

De espíritu, de alegría, de esperanzas. ¿Quién tiene derecho á esperar, si no es esta generación que lleva en sí el germen de la libertad del mundo?

¿Existía Francia antes de este día? Pudiera negarse. De pronto se convirtió en un principio y una espada. Ser armada así es *ser*. Quien no posee ni la idea ni la fuerza no existe más que por piedad.

Existían de hecho; quisieron *ser* en derecho.

La bárbara Edad Media no admitía su existencia; les negaba su cualidad de hombres y los utilizaba como cosas. En su egoísmo escolástico enseñaba que las almas, recompradas por el mismo precio, valen todas juntas la sangre de un dios; y ya libertadas del pecado, las rebajaba al nivel de la bestia, las esclavizaba eternamente y las robaba su libertad.

Este derecho sin derecho alegaba como fundamento la conquista, es decir, la añeja injusticia. La conquista, decían, hizo los nobles y los señores. Y Sieyes responde: «Seremos á nuestra vez conquistadores.»

El derecho feudal alegaba todavía aquellas actas hipócritas donde se supone que el hombre estipula contra sí mismo; donde el débil, por temor ó por fuerza, se daba sin reservar nada, entregaba su porvenir, los hijos que tuviera, las generaciones futuras. Aquellos culpables pergaminos, deshonor de la naturaleza, dormían sin castigo desde hacía muchos siglos en el fondo de los castillos.

Se hablaba recio del gran ejemplo de Luis XVI, que había libertado los últimos siervos de sus dominios. ¡Imperceptible sacrificio que costó poco al Tesoro y que no tuvo en Francia casi ningún imitador!

¡Qué!—se dirá;—¿los señores eran en 1789 hombres duros, sin piedad?

De ningún modo. Era una clase de hombres muy débiles y físicamente degenerados, ligeros, sensuales y sensibles; tan sensibles, que no podían ver de cerca á los desgraciados. Los veían en los idilios, las óperas, los cuentos y las novelas que hacen derramar dulces lágrimas; lloraban con Bernardino de Saint-Pierre, con Gretry y Sedaine, con Berquin y Florian. Sentían las lágrimas correr por sus mejillas y se decían: «Soy bueno.»

Con esta debilidad de corazón, esta facilidad de carácter, la mano siempre abierta, incapaces de resistir á toda ocasión de gastos, necesitaban dinero, mucho dinero, mucho más que sus padres. De aquí la necesidad de sacar mucho de las tierras, de entregar al labriego á los usureros, á los hombres de dinero y de negocios. Aparte de esto, los señores tenían buen corazón y eran generosos y caritativos en París, mientras sus vasallos se morían de hambre; por no ver aquella miseria, que hubiera hecho sufrir mucho á sus tiernos corazones, vivían poco tiempo en sus castillos.

Tal era aquella sociedad débil, vieja y aletargada en la molición. Se alejaba voluntariamente del espectáculo de la opresión; no oprimía más que por medio de procuradores. No faltaban, sin embargo, nobles provincianos que se enorgullecían de mantener en sus dominios las rudas tradiciones feudales, gobernando duramente su familia y sus vasallos. Recordaremos aquí solamente al célebre *amigo de los hombres*, al padre de Mirabeau, enemigo de su familia, que tenía encerrados á todos los suyos, mujer, hijos é hijas, poblaba las prisiones de Estado, no dejaba en paz á sus vecinos y desolaba á sus gentes. Cuenta él mismo que, dando una fiesta, observó el aspecto sombrío, salvaje de sus campesinos. Lo creo sin trabajo; aquellas pobres gentes temían verdaderamente que el *amigo de los pobres* les tomara por hijos suyos.

Recordando esto, no hay por qué extrañarse de que el labriego, una vez con las armas en la mano, se sirviera de ellas y tomara su revancha. Muchos señores habían vejado cruelmente sus pueblos. Uno de ellos había rodeado con un muro la fuente del pueblo, confiscándola para su servicio. Otro se había apoderado de los bienes comunales. Perecieron. Se citan otros homicidios que, sin duda, fueron venganzas.

El armamento general de las ciudades fué imitado por las campiñas. La toma de la Bastilla les envalentonó para atacar sus cárceles. Lo único que extraña, sabiendo cuánto habían sufrido, es que tardaran tanto en comenzar. Los sufrimientos y las venganzas se habían acumulado por la tardanza, concentrándose á una presión aterradora... Cuando esta monstruosa avalancha, retenida largo tiempo en estado de hielo y de nieve,

se funde de pronto, se desborda de tal modo que puede inundarlo y arrasarlo todo.

Es preciso también separar en esta escena inmensa y confusa lo que hicieron las partidas errantes de rateros y malhechores, de gentes desesperadas por el hambre; de lo que hizo el *ciudadano domiciliado*, la comunidad contra el señor.

Se acumulan los males cuidadosamente, pero se olvidan algo las buenas acciones. Muchos señores encontraron su mejor defensa en sus vasallos; por ejemplo, el marqués de Montfermeil, que el año anterior había prestado cien mil francos para socorrerlos. Los revolucionarios más furiosos se detuvieron espontáneamente algunas veces delante de la debilidad. En el Delfinado, por ejemplo, fué respetado un castillo porque no había en él más que una señora enferma en cama y sus hijos; se limitaron á destruir los archivos feudales.

Generalmente el paisano subía al castillo la primer vez para pedir y obtener armas; después se atreve á más y quema las actas y los títulos. La mayor parte de estos instrumentos de servidumbre, los más modernos, los más opresores, estaban bien guardados en los archivos, en casa de los notarios y procuradores. El vasallo atacaba preferentemente los pergaminos antiguos, las cartas originales. Estos títulos primitivos, adornados con sellos triunfantes, permanecían en el tesoro del castillo para ser enseñados en los días alegres. Generalmente se guardaban en suntuosas cajitas, dentro de una cartera de raso, en el fondo de un arca de roble colocada en el lugar principal de una de las torres. No había castillo importante que cerca del palomar no mostrara la torre de los archivos.

Los súbditos tenían derecho á la torre. Allí estaba para ellos la Bastilla, la tiranía, el orgullo, la insolencia, el desprecio de los hombres; desde hacía muchos siglos la torre se burlaba de la campiña, esterilizándola, entristeciéndola, haciéndola odiosa con su sombra agobiadora. Guardián del país en los tiempos bárbaros, centinela de la comarca, se convirtió en afrenta más tarde. En 1789, ¿qué es ya sino el odioso testimonio de la servidumbre, un perpetuo ultraje para recordar todas las mañanas al hombre que va á trabajar al campo la antigua humillación de su raza?... «Trabaja, trabaja, hijo del siervo, gana, que otro se aprovechará de ello; trabaja y no esperes jamás.»

Cada mañana y cada tarde, durante mil años, ó más acaso, la torre fué maldita. Llegó un día en que se derrumbó.

¡Cuánto ha tardado el gran día! ¡Cuánto tiempo nuestros padres te esperaron y soñaron contigo! Sólo pudo sostenerles la esperanza de que sus hijos te verían llegar; de otro modo no hubieran podido vivir, hubieran muerto de pena... A mí mismo, su compañero, trabajando á su lado en el sitio de la historia, bebiendo en su amarga copa, ¿quién me ha permitido hacer revivir la dolorosa Edad Media sino tú, oh hermoso primer día de la libertad?... ¡He vivido para narrarte!